

Francis Ponge. dos poemas

«El árbol de Francis Ponge es un árbol que ha observado a Francis Ponge y se describe tal como imagina que éste podría describirlo. Extrañas descripciones. En ciertos aspectos, parecen del todo humanas: es que el árbol conoce la debilidad de los hombres que sólo hablan de lo que saben; pero todas esas metáforas tomadas del pintoresco mundo humano, esas imágenes que hacen imagen, en realidad representan el punto de vista de las cosas sobre el hombre, la singularidad de una palabra humana animada por la vida cósmica y la fuerza de los gérmenes; por eso, al lado de esas imágenes, de ciertas nociones objetivas –pues el árbol sabe que entre ambos mundos la ciencia es terreno de entendimiento– se deslizan reminiscencias procedentes del fondo de la tierra, expresiones en vías de metamorfosis, palabras en las que, bajo el sentido claro, se insinúa la espesa fluidez de la excrecencia vegetal. [...] A decir verdad, las descripciones de Ponge comienzan en el momento supuesto en que, estando terminado el mundo, acabada la historia, casi hecha humana, la naturaleza, la palabra pasa delante de la cosa y la cosa aprende a hablar. [...] De este modo se constituye en voluntad mediadora de lo que asciende lentamente hacia la palabra y de la palabra que baja lentamente hacia la tierra, expresando, no la existencia anterior al día, sino la existencia de después del día: el mundo del fin del mundo.» (**Maurice Blanchot**, “La literatura y el derecho a la muerte”, en *De Kafka a Kafka*).

Francis Ponge. Dos poemas de *Tomar partido por las cosas*

Los árboles se deshacen en el interior de una esfera de niebla

Entre la niebla que envuelve los árboles, las hojas les son robadas; las mismas que, desconcertadas por una lenta oxidación y mortificadas por la retirada de la savia en provecho de las flores y frutos, desde los grandes calores de agosto ya estaban menos unidas a ellos.

En la corteza se labran regueros verticales por donde la humedad es conducida hasta el suelo, desinteresándose de las partes vivas del tronco.

Se dispersan las flores, se desprenden los frutos. Desde la edad más temprana, el abandono de sus cualidades vivas y de partes de su cuerpo ha llegado a ser para los árboles un ejercicio familiar.

El fuego

El fuego hace una ordenación: primero, todas las llamas se mueven en un sentido...

(No se puede comparar el modo de andar del fuego más que con el de los animales: debe dejar un lugar para ocupar otro; camina a la vez como una ameba y como una jirafa, salta con el cuello, reptar con un pie)...

Luego, mientras las masas contaminadas con método se desploman, los gases que escapan se van transformando en una sola rampa de mariposas.

Poemas habitantes: Francis Ponge

El mar hasta la cercanía de sus límites es una cosa sencilla que se repite ola por ola.

Pero para llegar a las cosas más sencillas en la naturaleza

es necesario emplear muchas formas, muchos modales;

para las cosas más profundas utilizarlas de alguna manera.

Por eso, y también por rencor contra su inmensidad que lo abrume,

el hombre se precipita a las orillas o a la intersección de las cosas grandes para definir las.

Pues la razón en el seno de lo uniforme rebota peligrosamente

y se enrarece: un espíritu necesitado de nociones debe ante todo hacer provisión de apariencias.

Mientras que el aire hasta cuando está atormentado por las variaciones

de su temperatura o por una trágica necesidad de influencia

y de informaciones directas sobre cada cosa sólo superficialmente hojea y dobla

las puntas del voluminoso tomo marino,

el otro elemento más estable que nos sostiene hunde en él oblicuamente

hasta la empuñadura rocosa anchos cuchillos de tierra

que se quedan inmóviles en su espesor.

A veces encontrándose con un músculo enérgico una hoja

vuelve a salir poco a poco; es lo que se llama una playa.

Desorientada al aire libre, pero rechazada por las profundidades

aunque hasta cierto punto tenga familiaridad con ellas,

esta parte de la extensión se estira entre lo uno y lo otro más o menos leonada y estéril,

y por lo común no sostiene más que un tesoro de desechos incansablemente

alisados y recogidos por el destructor.

Un concierto elemental, por lo discreto más delicioso y digno de reflexión,

se ha ajustado allí desde la eternidad para nadie: desde que se formó

por operación sobre una chatura sin límites del espíritu de insistencia

que suele soplar de los cielos, la ola llegada de lejos sin choques

y sin reproche al fin por primera vez encuentra a quién hablar.

Pero una sola y breve palabra se confía a los cantos rodados y a las conchillas,

que se muestran muy conmovidas, y la ola expira profiriéndola;

y todas las que la siguen expirarán también haciendo otro tanto,

a veces quizá con fuerza algo mayor. Cada una por encima de la otra

cuando llega a la orquesta se levanta un poco el cuello, se descubre,

y da su nombre al destinatario. Mil señores homónimos son así admitidos

el mismo día de la presentación por el mar prolijo y prolífico en ofrecimientos labiales a cada orilla.

Así también en vuestro foro, oh cantos rodados, no es, para una grosera arenga,

algún villano del Danubio el que viene a hacerse oír: sino el Danubio mismo,

mezclado con todos los otros ríos del mundo después que han perdido

su sentido y su pretensión y están profundamente reservados en una desilusión amarga

sólo al gusto de quien se cuidara mucho de apreciar por absorción su cualidad más secreta, el sabor.

Porque es, en efecto, después de la anarquía de los ríos,

a su abandono en el profundo y copiosamente habitado lugar común

de la materia líquida a lo que se ha dado el nombre de mar.

De ahí que éste parecerá aun a sus propias orillas siempre ausente:

aprovechando el alejamiento recíproco que les impide comunicarse

entre sí como no sea a través de él o por grandes rodeos,

hace creer sin duda a cada una que se dirige especialmente hacia ella.

En realidad, cortés con todo el mundo, y más que cortés:

capaz para cada cual de todos los arrebatos, de todas las convicciones sucesivas,

conserva en el fondo de su permanente tazón su posesión infinita de corrientes.

Sale apenas de sus bordes, por sí mismo pone freno el furor de sus olas y,

como la medusa que él abandona a los pescadores como imagen reducida

o muestra de sí propio, se limita a hacer una reverencia extática por todas sus orillas.

Eso es lo que ocurre con la antigua vestidura de Neptuno,

amontonamiento pseudo-orgánico de velos unidamente extendidos

sobre las tres cuartas partes del mundo. Ni el ciego puñal de las rocas,

ni la más perforadora de las tormentas que hacen girar atados de hojas

al mismo tiempo, ni el ojo atento del hombre usado con dificultad

y por lo demás sin control en un medio inaccesible a los orificios destapados

de los otros sentidos y trastornado más todavía por un brazo

que se hunde para agarrar, han leído ese libro.

Francis Ponge

Taller para poemas inexplicables

Sidi-Madani, viernes 9 de enero de 1948.

Nada más banal que lo que me ocurre, ni más simple que la solución del problema que se me plantea.

Mi pequeño libro: *De parte de las cosas*, que apareció hace casi seis años, dio lugar desde entonces a un determinado número de artículos críticos – en general bastante favorables – que hicieron conocer mi nombre en algunos círculos incluso más allá de las fronteras de Francia. Aun cuando los textos muy breves de los que se compone ese ínfimo conjunto no contienen explícitamente ninguna tesis filosófica, moral, estética, política o de otro tipo, la mayoría de los comentaristas brindaron interpretaciones derivadas de esas diversas disciplinas.

Más recientemente, dos o tres críticos finalmente abordaron el estudio de la forma de mis textos (Estudios de J. Tortel, Ph. Jaccottet y L. G. Gros, aparecidos entre 1944 y 1947- NT).

La revista *Trivium* publicó uno de esos estudios, y como yo expresara mi satisfacción, me pidieron que agregara algunos comentarios propios sobre lo que una de mis críticas más benevolentes, Mrs. Betty Miller, llamó mi método creativo.

Sidi-Madani, sábado 10 de enero de 1948.

“Dirigiéndome a los poetas, dice Sócrates, examiné las obras suyas que me parecieron mejor trabajadas, y les pregunté lo que querían decir, y cuál era su objeto, para que me sirvieran de instrucción. Pudor tengo, atenienses, en deciros la verdad; pero no hay remedio, es preciso decirla. No hubo uno de todos los que estaban presentes, incluidos los mismos autores, que supiese hablar ni dar razón de sus poemas. Conocí desde luego que no es la sabiduría la que guía a los poetas, sino ciertos movimientos de la naturaleza y un entusiasmo semejante al de los profetas y adivinos; que todos dicen muy buenas cosas, sin comprender nada de lo que dicen. Los poetas me parecieron estar en este caso; y al mismo tiempo me convencí que a título de poetas se creían los más sabios en todas las materias, si bien nada entendían. Los dejé, pues, persuadido de que era yo superior a ellos...

...En fin, fui en busca de los artistas. Estaba bien convencido de que yo nada entendía de su profesión, que los encontraría muy capaces de hacer muy buenas cosas, y en esto no podía engañarme. Sabían cosas que yo ignoraba, y en esto eran ellos más sabios que yo. Pero, atenienses, los más entendidos entre ellos me parecieron incurrir en el mismo defecto que los poetas, porque no hallé uno que, a título de ser buen artista, no se creyese muy capaz y muy instruido en las más grandes cosas; y esta extravagancia quitaba todo el mérito a su habilidad. Me pregunté, pues, a mí mismo... si querría más ser tal como soy sin la habilidad de estas gentes, e igualmente sin su ignorancia, o bien tener una y la otra y ser como ellos, y me respondí a mí mismo... que era mejor para mí ser como soy.” (Utilizamos la versión editada por José Vasconcelos, con el sello de la Universidad Nacional de México en 1921, que recuerda el sabor arcaico de la que cita Ponge- NT).

¿Qué extraemos de lo precedente, si no (con el debido respeto) cierta estupidez de Sócrates?

¿Qué idea es esa de preguntarle a un poeta lo que quiso decir? ¿No es acaso evidente que si él es el único que no puede explicarlo es porque no puede decirlo de otra manera que como lo ha dicho (y que si no, lo habría dicho de un modo diferente)?

Y de allí deduzco también la certidumbre de la inferioridad de Sócrates con respecto a los poetas y a los artistas – y no su superioridad.

Porque si Sócrates en efecto es sabio en la medida en que conoce su ignorancia y solamente sabe que no sabe nada, y en efecto Sócrates no sabe nada (salvo esto), el poeta y el artista saben en cambio por lo menos lo que han expresado en sus obras mejor trabajadas.

Lo saben mejor que aquellos que lo pueden explicar (o pretenden hacerlo), porque lo saben *en sus propios términos*. Por otra parte, todo el mundo lo aprende en esos términos y lo retiene fácilmente en la memoria.

En seguida obtendremos de esto varias consecuencias (o ideas consecutivas). Pero tenemos que confesar primero que en efecto los poetas y los artistas abandonan muy a menudo su felicidad y su sabiduría, creen poder explicar sus poemas y creen también que su habilidad en esa técnica los hace aptos para intervenir en otras clases de problemas, lo que de ningún modo sucede fatalmente.

Que no se espere de mí semejante presunción. Cualquiera es más capaz que yo para explicar mis poemas. Y evidentemente soy el único que no puede hacerlo.

¿Pero acaso el hecho de que un poema no pueda ser explicado por su autor, antes que una

vergüenza para el poema y su autor, no contribuye por el contrario a su gloria?
Y por cierto que tal vez lo único que sería una vergüenza para mí es que otro diga mejor que yo lo que quise decir y me persuada por ejemplo de un defecto (de una carencia) o por el contrario de una redundancia, que hubiese podido evitar. Por mi parte, corregiría de inmediato ese error, ya que la perfección del poema ciertamente me importa más que cualquier sentimiento de mi propia infalibilidad.

Pero finalmente, ¿acaso podría decirse que un poema que no puede ser explicado de ninguna manera es por definición un poema perfecto?

No. Hacen falta además otras cualidades, y quizá solamente *una* cualidad. Tal vez Sócrates no era tan estúpido como nos parecía al principio. ¿No tuvo acaso de alguna manera la idea de pedir que le explicaran un poema *que llevara su evidencia consigo...*? (Pero, ¿se lo llamaría todavía poema? ...)

Sidi-Madani, sábado 31 de enero de 1948.

PLAN. - Poemas, que no se explican (Sócrates).

Superioridad de los poetas sobre los filósofos:

a) (no sé muy bien si tengo razón en emplear la palabra poeta),

b) (superioridad en tanto que no se creen superiores en nada más que en su poesía).

Sobre la evidencia poética. Evidentemente, debe ponerse en tela de juicio. Ése es el riesgo.

Conocimiento poético (poesía y verdad).

De lo particular a lo común.

(Inclusión del humor: grandes juegos de palabras.)

Dos cosas llevan a la verdad:

la acción (la ciencia, el método), la poesía (a la mierda esa palabra);

¿la calificación?

- *la constatación de relaciones de expresión.*

Si defino a una mariposa como *pétalo superfetatorio*, ¿qué es más *verdadero*?

Poemas, que no se explican:

1º Poemas-poemas: porque no son lógicos. Objetos.

2º Poemas-fórmulas: más claros, impactantes, decisivos que cualquier explicación.

Superioridad de los poetas sobre los filósofos:

saben lo que expresan en sus propios términos.

De lo particular a lo común:

lo particular en el mundo exterior;

una retórica por objeto;

todo lenguaje tiende siempre al proverbio.

Sidi-Madani, martes 3 de febrero de 1948, de noche (1).

Francis Ponge

Lluvia

La lluvia, en el patio donde la miro caer, cae con apariencias muy diversas. En el centro, forma una delgada cortina (o red) discontinua, de una caída implacable pero relativamente lenta de gotas probablemente bastante livianas, una precipitación

sempiterna, sin vigor, una fracción intensa de meteoro puro. A poca distancia de los muros a izquierda y derecha, caen ruidosamente gotas más pesadas, individuadas. Aquí parecen tener el grosor de un grano de trigo, allí el de un guisante, más allá el de una cuenta. Sobre los listeles, sobre las balaustradas de la ventana corre la lluvia horizontal mientras que sobre la faz interior de estos mismos obstáculos queda suspendida como caramelos de forma convexa. Según la superficie toda del pequeño techo de zinc que domina la mirada, corre en pequeños arroyitos de colores cambiantes a causa de las tan variadas corrientes que se desprenden de las imperceptibles ondulaciones y resaltos del techo. Desde el canalón adyacente en el cual se desliza contenida en un cauce hueco sin mayor pendiente, cae súbitamente como un hilo perfectamente vertical, trenzado bastante groseramente, hasta chocarse con el suelo donde resurge bajo la forma de brillantes agujas.

Cada una de estas formas tiene un apariencia particular, y a cada una responde un ruido particular. El todo vive con una intensidad como si se tratara de un complicado mecanismo, tan preciso como azaroso, como el de un reloj cuya cuerda es el peso de una determinada masa de vapor en precipitación.

El timbre al tocar el suelo los hilos verticales, el gluglú de las goteras, los minúsculos toques de gong se multiplican y resuenan a la vez en un concierto sin monotonía, no sin delicadeza.

Cuando se le acaba la cuerda, algunos engranajes continúan funcionando por un tiempo, se vuelven cada vez más lentos y luego toda la maquinaria se detiene. Entonces, si el sol reaparece, todo se borra rápidamente, el aparato brillante se evapora: ha llovido.

Francis Ponge (Montpellier, 1899-Le Bars-sur-Loup, 1988)
Versión de Florence Baranger-Bedel

[Las egerias](#)

Las patrullas de la vegetación se detuvieron antaño sobre la estupefacción de las rocas. Mil bastoncillos de terciopelo de seda se sentaron entonces a la manera de sastres antiguos.

Desde entonces, desde la aparente crispación del musgo en la misma roca, con sus lictores, en el mundo preso de una confusión inextricable y oprimido allá abajo, todo pierde la cabeza, patatea, se agoga.

Todavía más: los pelos han crecido, con el tiempo todo se ha ensombrecido más.

¡Oh preocupaciones de pelo cada vez más largo! Las profundas alfombras, en oración cuando alguien se sienta encima, se levantan hoy con sus aspiraciones confusas. Así, se producen no sólo sofocos, si no asfixia.

Pero escalpar simplemente de la vieja roca austera y sólida esos campos de felpa, esos felpudos húmedos, se hace posible por saturación.

Francis Ponge. Trad. Miguel Casado. En el volumen recopilatorio: La soñadora materia (Galaxia Gutenberg, 2006)

Francis Ponge. El molusco

4 febrero 2010 por [cuadernoquemado](#)

El molusco

El molusco es un *ser —casi una— cualidad*. No necesita armazón, sino sólo una muralla; es algo como el color en un tubo.

La naturaleza renuncia aquí a la presentación del plasma en forma. Sólo muestra que se interesa por él al protegerlo cuidadosamente dentro de un joyero, cuya cara interior es la más bella.

No es, pues, un simple esputo, sino una realidad de las más preciosas.

El molusco está dotado de una potente energía para encerrarse. No es en verdad más que un músculo, un gozne, un blount* y su puerta.

El blount que ha segregado la puerta. Dos puertas ligeramente cóncavas constituyen su morada entera.

Primera y última morada. Se aloja en ella hasta después de su muerte.

Nada que hacer para sacarlo vivo.

La menor célula del cuerpo del hombre se sujeta así, y con esta fuerza, a la palabra —y recíprocamente.

Pero a veces otro ser viene a violar esta tumba, cuando está bien hecha, y a establecerse en el lugar del constructor difunto.

Es el caso del ermitaño.

Francis Ponge. Trad. Miguel Casado. En el volumen recopilatorio: La soñadora materia (Galaxia Gutenberg, 2006)